



A finales del mes de enero, una periodista y antigua maniquí francesa, Michèle Ray, de veintiocho años de edad, desapareció sin dejar rastro cuando rodaba en su automóvil por la carretera que bordea la costa vietnamita en la provincia de Binh Dinh. Hasta mucho después, cuando regresó a las islas norteamericanas, la suerte de Michèle Ray constituyó un enigma. No se sabía si había muerto o había sido apresada por el Vietcong. A continuación relata su aventura en el país que hoy es "el centro del mundo".

MICHELE RAY

YO ESTUVE

CON EL

VIETCONG

LOS GUERRILLEROS ENCONTRARON DIVERTIDO QUE LA SUERTE LLEVARA A UNA EUROPEA A COMPARTIR SU VIDA



En la página anterior, Michèle Ray, con el uniforme típico del Vietcong, a su vuelta a Saigón. Arriba, antes de la aventura.

PREGUNTA.—*Michèle Ray, usted, era maniquí. Nada hacía esperar la extraordinaria aventura que ha vivido en Vietnam: de los 500 periodistas presentes en Saigón, usted ha sido el único en aventurarse en una zona y por una carretera que todos sabían controlada por el Vietcong. ¿Fue usted secuestrada?*

MICHELE RAY.—Después de haber sido maniquí participé en una locura un tanto deportiva: la expedición desde la Tierra de Fuego hasta Alaska, en coche. Rodé una película que tuvo cierto éxito. Y quise rodar otra en el país que es hoy el centro del mundo. Quise ir a pasar algún tiempo con los maquis del Frente Nacional de Liberación en el Vietnam, pero no como ha sucedido. Se ha dicho que tenía una cita con los hombres del Vietcong: si esto fuera verdad no tendría de qué ruborizarme, porque eso forma parte de mi oficio; pero mi plan era reunirme con el Vietcong a través de Camboya, después de haber recorrido el Vietnam del Sur en todos los sentidos.

—*Usted fue, inmediatamente, el objetivo de todas las televisiones y periódicos, que la convirtieron en una especie de valerosa Marie-Chantal viviendo acontecimientos que la rebasaban...*

—Eso no va conmigo. Todo lo que hice fue decidido por mí y después de haber calculado y medido todos los detalles, casi hasta el de mi captura. No era ignorante de los peligros que iba a correr. Si los acontecimientos me hubiesen «sobrepasado», hubiera tenido ocasiones de detenerme. Sabía que iba a pasar miedo y lo pasé. Pero también sabía que soportaría todo.

—*Se dice que después de su captura por el*

Vietcong los americanos hicieron muy poco por encontrarla.

—Es verdad. Los únicos que se preocuparon de que el Vietcong supiera que yo era periodista y francesa fueron mis colegas, tanto americanos como franceses. Las autoridades americanas no hicieron nada, aunque inmediatamente aseguraron que las pesquisas emprendidas habían ocasionado un choque en el que hubo varios muertos y numerosos heridos. Esto no me impide reconocer que varios oficiales americanos, durante mi estancia, se mostraron muy amistosos y serviciales conmigo, hasta cuando consideraban que mi empresa era una locura, lo que ocurrió en casi todo el tiempo.

—*Usted fue al Vietnam con una credencial de un importante semanario parisino que deseaba obtener la opinión de una periodista no política sobre la vida de Saigón, pero nunca se supuso que tendría usted proyectos tan temerarios como los que reservaba. Ahora ha salido de una experiencia que indudablemente le ha afectado profundamente. ¿Podría decirnos en qué y mostrarnos —lo que no ha hecho hasta ahora— la significación de lo que acaba de vivir?*

—Intentaré decirlo sencillamente, a mi manera. Hace dos meses, casi día por día, vivía las horas más angustiosas de mi experiencia vietnamita en un «escondrijo» subterráneo del maquis vietcong. Llevaba cinco meses en Vietnam. Había sido apresada la víspera en las condiciones que ya he contado, después de mi liberación. Hoy, el recuerdo más intenso, el que más me atormenta, es el de las horas pasadas en ese «escondrijo».

Hasta entonces, yo tenía la experiencia de los pozos individuales que jalonan algunos caminos

de la zona controlada por el Vietcong. Tienen una profundidad de un metro sesenta. Metiéndose en ellos se está completamente protegido y, a la menor señal, mis compañeros y yo nos arrojábamos en estos agujeros. Me enseñaron en seguida los pozos indicándome que debía familiarizarme con la forma de entrar en ellos, porque la preparación artillera hacía prever una operación americana para la mañana siguiente. La entrada al refugio está camuflada por un matorral. Es como una chimenea en la cual hay que dejarse resbalar con las piernas por delante y los brazos en el aire. Deslizándose sobre la espalda se llega en seguida al suelo y desde allí a un refugio que mide dos metros de largo, por uno de alto y otro de ancho. Los puntales son de madera de cocotero, pero no está cementado. Es tierra pura. Los vietnamitas se esconden en diez segundos. Yo necesité un minuto la primera vez e incluso la segunda: no levanté los brazos y tuve que salir de nuevo para volver a deslizarme.

Cuando los americanos desencadenaron el ataque nos refugiábamos en un agujero. Éramos nueve, agachados unos junto a otros. Para respirar no teníamos más que dos cañas de bambú, de cinco centímetros de diámetro, con un extremo fuera camuflado. Durante la noche, como la vela con la que nos alumbrábamos consumía parte del oxígeno, era preciso acercar la boca todo lo posible al bambú para aspirar un poco de aire.

Ese día probé de todo: primero la artillería, luego los bombarderos «jet», los helicópteros con cohetes, los helicópteros con ametralladoras. El suelo temblaba y las sacudidas eran de una violencia intolerable. Oíamos el ruido de los aviones cuando picaban y había que esperar unos segundos infernales hasta saber si la bom-

SIGUE



A pesar de que los medios son, a veces, necesariamente simples, el Vietcong tiene una organización extraordinaria. Las cuentas de la guerra se llevan escrupulosamente y los guerrilleros, como la patrulla de la foto de la página contigua, llevan las provisiones consigo. Arriba, transporte de alimentos en bicicleta.



Los intensos bombardeos sobre las zonas dominadas por la guerrilla suelen causar efectos mínimos y desproporcionados con los medios empleados.

ba no era para nosotros. Un infierno. Pero a pesar de la intensidad de los bombardeos, lo peor para mí era la impresión de estar enterrada viva. Al cabo de algunas horas respiraba tan difícilmente que casi me olvidé de los bombardeos.

De repente, tuve una crisis: si tenía que morir, que fuera al aire libre. Intenté deslizarme hacia la salida. El profesor vietnamita de veinte años que me servía de intérprete me detuvo. Me cogió la mano y, a cada explosión, me la apretaba un poco más. Después, empecé a sentirme mal, a vomitar; los bombardeos me dejaban indiferente y, luego, perdí el sentido.

Cuando volví en mí, todo estaba en calma y la entrada a la cueva abierta. El profesor se encontraba a mi lado, sonriente, atento, afectuoso. Yo tenía el temor de que, al salir, encontraría muertos y heridos por todas partes a las mujeres y a los niños que había visto la víspera. Sin embargo, volví a encontrar, acogiéndome amistosamente, a todos los niños, mujeres, ancianos y soldados. Estaban contentos. Encontraban divertido —casi fraternal— que el destino hubiese llevado a una europea a compartir sus sufrimientos. Ningún herido, ningún muerto. Las tropas americanas no estuvieron en la aldea. Por todas partes había casas quemadas por el napalm y cráteres enormes.

Tuve que rendirme a la evidencia: el ataque americano, que duró diez horas, no sirvió de nada. Absolutamente de nada. Cuando a mi regreso lo dije a los americanos, éstos apenas me creyeron.

¡Más chocante todavía! A mi alrededor, los aldeanos y los soldados estaban descansando, contentos, riéndose. El profesor me explicó que se criticaban amigablemente los unos a los otros, de una forma muy vietnamita, sobre la manera cómo habían reaccionado ante el ataque y la rapidez con que ganó cada uno su refugio respectivo.

Cuando vieron que el profesor me traducía sus bromas, uno de ellos pidió que les excusara. Estaban preocupados por haber sido desatentos ante una extranjera. Temían que les juzgara mal, que no comprendiese que por dentro sufrían profundamente. No se daban cuenta que sus risas me daban la explicación exacta de su fuerza, de su confianza, de su endurecimiento.

A mi vuelta a Saigón, cuando conté a los americanos mis tres semanas en «el otro lado» y hablé de la gentileza, la solicitud de cada uno y esta alegría que tanto me sorprendió al principio, muchos no quisieron creerme. Esta humanización del enemigo les molestaba. Preferían mantener la imagen del «Victor Charlie», sin duda alguna combativo y duro, pero además de astucia diabólica, cruel e implacable.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en Vietnam del Sur?

—Pasé cinco meses con los americanos y los vietnamitas y tres semanas con los combatientes del Frente Nacional de Liberación. Llegué a Saigón sin haber tomado ningún partido ideológico. Había leído los libros de Lacouture y de Bernard Fall, así como los de Lartéguy. No era más comunista que pueda serlo hoy. Entonces yo tenía, simplemente, simpatía por el más débil de los dos adversarios.

—¿En qué le ha marcado la experiencia vietnamita?

—Creo que ahora comprendo mejor un cierto número de cosas. Antes de ir al Vietnam, nunca había visto morir a nadie. Mi bautismo de fuego fue rápido. Fue en mi primera operación en la estación de las lluvias, con una unidad de «rangers». Llena de fango, de arriba abajo, vi morir hombres a cinco metros de mí, sin poder hacer nada por ellos y ni siquiera por protegerme yo misma.

—¿Qué juicio ha sacado usted de los americanos en Vietnam? **SIGUE**

VIETCONG





La discriminación racial de la retaguardia desaparece a la hora del combate, donde frecuentemente negros y blancos van en vanguardia. Abajo, una aldea norvietnamita. En las rudimentarias escuelas, los niños aprenden no sólo a leer, sino también a resguardarse de los bombardeos en las trincheras abiertas en las calles del pueblo.



—En Saigón, sobre el terreno, los he conocido bien. Están, por un lado, los *profesionales*, los soldados de oficio, que hacen esta guerra como harían cualquier otra, sabiendo que ello les valdrá un ascenso más rápido que si se quedaran en Washington o en otro sitio. Desprecian a los *survietnamitas* (a los que realmente desconocen) porque ven que, en el campo de batalla, no quieren o no saben combatir. Opinan que acabarán por ganar la guerra, militarmente, pero que la paz corre riesgo de ser «insostenible» sin una ocupación total e indefinida del país.

Luego están los que van por su quinta, cuya suerte me parece digna de piedad. Generalmente llegan con un espíritu de cruzada que desaparece al cabo de un mes. Fueron para ayudar al pueblo vietnamita a defenderse de una agresión. Y pronto descubren que deben llevar solos una guerra por la que los *survietnamitas* no parecen estar interesados y no encuentran ningún agradecimiento por parte del pueblo. El G. I. medio no tiene más contacto que con los vietnamitas ávidos de sus dólares, de los que, por otra parte, suele mostrarse generoso. A los demás, a los que considero los verdaderos representantes del pueblo vietnamita, abiertos, hospitalarios, desinteresados, no tienen, desgraciadamente, oportunidad de conocerlos porque la llegada de una unidad americana basta para establecer el reino del dinero: cada vez que mi coche se atascaba en una zona donde los americanos no tenían fuerzas, los aldeanos me ayudaban amistosamente y con amabilidad; cuando esto me ocurría en una zona ocupada, me pedían centenas de piastras por sacarme del atolladero.

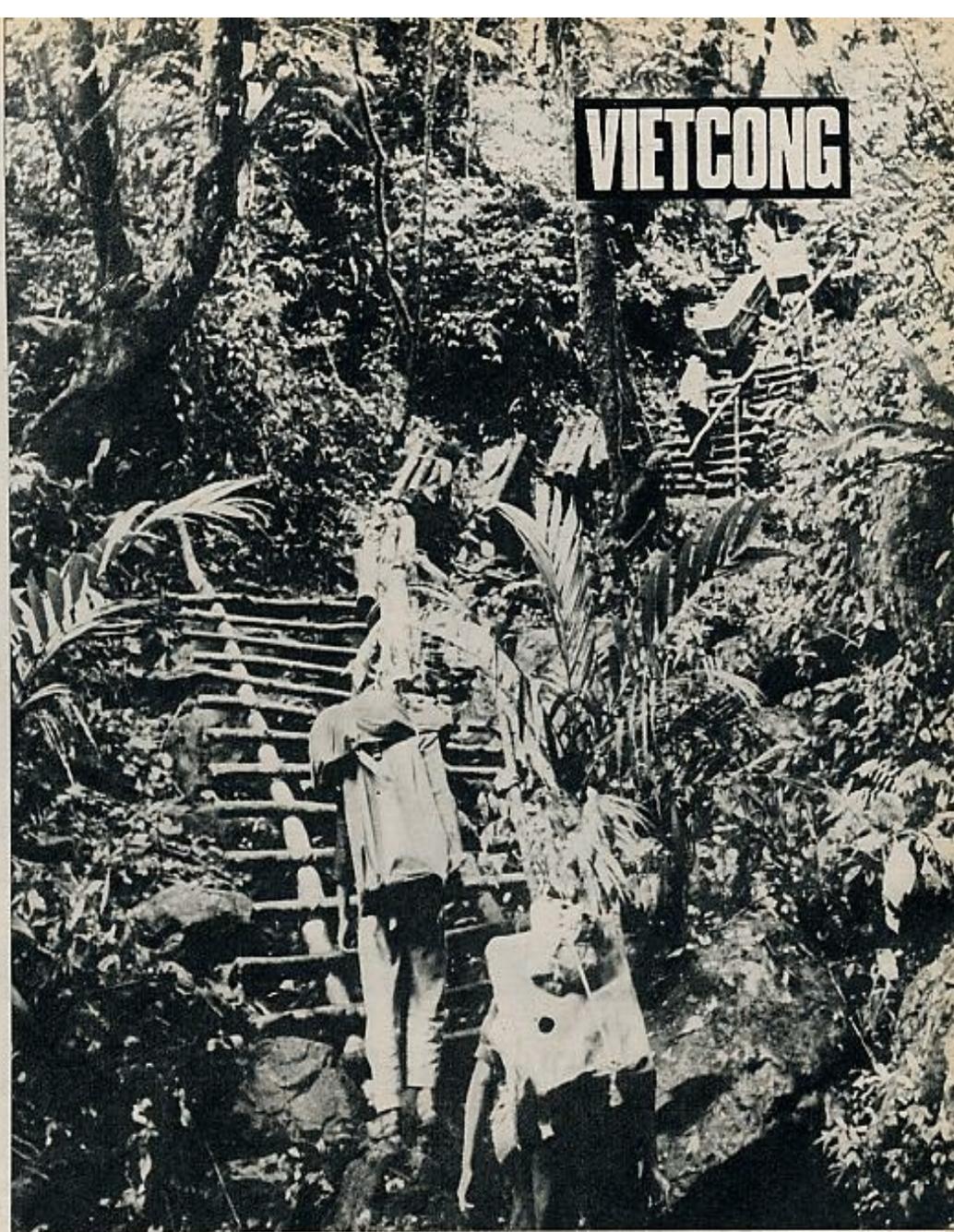
En las tropas americanas, los negros y los blancos fraternizan en ocasiones, pero sólo durante el combate. La segregación reaparece en la retaguardia. En el Saigón nocturno hay un barrio para los blancos y otro para los negros. Y las prostitutas vietnamitas saben explotar esta discriminación: cobran más caro a los negros.

Sentimiento común a todos los americanos: una frustración exasperante. Son 425.000, disponen de un prodigioso armamento que se perfecciona incesantemente de acuerdo con las necesidades de esta guerra y no pueden acabar con un ejército enemigo de campesinos en pijama. Los aviadores, sobre todo, están amargados, casi atormentados. Se creen capaces de aplastar a cualquier potencia mundial y tienen que reconocer que el «rendimiento» de sus bombardeos es muy débil.

Conociendo mal a los vietnamitas que están con ellos, los americanos desconocen por completo a los que tienen enfrente. Me dijeron: "No olvide usted que los *vietcong* son antiguos *vietminhs*. Si cae en sus manos, su calidad de francesa no le servirá de nada. La ejecutarán como si fuese una americana". Y, efectivamente, al capturarlos descubrí que los que me rodeaban eran antiguos *vietminhs*, pero en ellos no había el más mínimo rastro de odio. Varios habían sido prisioneros, torturados; sin embargo, todos me trataron como a una amiga. Incluso había una anciana a la que los franceses le mataron sus tres hijos durante la guerra: la viejecita quería que le enseñara francés y jugaba conmigo a las cartas.

—¿Qué le llamó más la atención en las tres semanas que pasó con el *Vietcong*?

—La organización, que llega hasta un grado que los americanos no parecen sospechar. Todo lo que yo pude decir o hacer fue escrupulosamente anotado en varios sitios. El inventario de mis vestidos, de mi material fotográfico, de todos los



Al encontrarse las carreteras siempre bajo el fuego aéreo, los vietnamitas tienen que recurrir a los más insólitos sistemas de avituallamiento. Los convoyes humanos utilizan las selvas intransitables para el camión.

objetos que llevaba conmigo, lo hicieron por lo menos diez veces. Cuando me detuvieron me dieron un recibo por ello y al liberarme me devolvieron todo.

Las cuentas de la «fiscalización de guerra» se llevan con todo cuidado. En dos carreteras importantes de Vietnam del Sur (Saigón-Dalat y Nha-trang-Banne-thuot) hay permanentemente controles *vietcong* donde se cobra una tasa por los transportes en común y los de mercancías. Pasé personalmente una de estas barreras, sin ningún problema, al mismo tiempo que un autocar, cuyo conductor tuvo que pagar la tasa: (10 por ciento del precio de los billetes) contra entrega de un recibo justificativo en regla. Durante mi estancia con los soldados y los responsables del Frente, les he visto rellenar diariamente interminables informes sobre los menores detalles de sus actividades, que al momento eran transmitidos al escalón superior.

Los americanos se equivocan también sobre la actitud del *Vietcong* con la población civil. Algunas horas después de que detuvieran mi coche —cuando yo no era todavía una «invitada», sino una prisionera con la que no sabían muy bien qué debían hacer— los guerrilleros me llevaron

a desayunar a casa de una familia. El jefe pagó nuestros desayunos con toda normalidad. Más tarde, cuando nuestro pequeño grupo (dos responsables del Frente, dos jóvenes portadores, dos guerrilleros y yo) iba por las montañas, de casa en casa, llevábamos con nosotros nuestras provisiones: arroz en un embutido de tela colocado alrededor del cuello y conserva de pescado en saquitos de plástico. Todo lo que nos proporcionaron en las aldeas fue pagado. Y jamás tuve la impresión de que lo hiciesen debido a mi presencia. Veía pasar columnas de soldados casi a diario. También llevaban consigo sus alimentos y nunca los vi coger nada de las casas. No puedo por menos de comparar esta actitud con la de algunos soldados del Vietnam del Sur a los que seguí en una operación llamada de «pacificación».

Al fin de mi estancia, los responsables del Frente me pidieron que rellenara una declaración contando lo que había visto de su lucha y las impresiones que sacaba de todo. Acaso no escribí todo lo que ellos esperaban.

© L. Forestier 1967 y TRIUNFO

Fotos: CIPRA, EUROPA PRESS, CAMERA, KEYSTONE, PIC y ARCHIVO.